

MARTIROLOGIO ROMANO.

San Félix de Valois, confesor.

En Mesina de Sicilia, los santos mártires Ampelo y Cayo.

En Turin, los santos Octavio, Solutor y Adventor, soldados de la legion Tebana, quienes, combatiendo valerosamente por la fe bajo el imperio de Maximiano, ecibieron la corona del martirio.

En Cesarea de Palestina, san Agapo, mártir, que, condenado á ser devorado por las fieras bajo el emperador Galerio Maximiano, y no habiendo recibido de ellas la menor lesion, fué arrojado al mar con piedras atadas á los piés.

En Persia, el martirio de san Nersés, obispo, y el de sus compañeros.

En Dorostora de Misia, san Daso, obispo, quien, no queriendo consentir en las impudicias que se cometian en la fiesta de Saturno, fué muerto atrocemente de órden del presidente Baso.

En Nicea, en Bitinia, los santos mártires Eustaquio, Tespeso y Anatolio, durante la persecucion de Maximino.

En Heraclea de Tracia, los santos mártires Baso, Dionisio y Agapito, con otros cuarenta.

En Inglaterra, san Edmundo, rey y mártir.

En Constantinopla, san Gregorio de Decápolis, que padeció mucho por el culto de las santas imágenes.

En Milan, san Benigno, obispo, quien, durante las turbulencias causadas por los bárbaros, gobernó su iglesia con mucha constancia y piedad.

En Chalons del Saona, san Silvestre, obispo, que, colmado de años y virtudes, murió á los cuarenta de su obispado.

En Verona, san Simplicio, obispo y confesor.

En la diócesis de Beauvais, santa Majencia, venerada como virgen y mártir.

En Angers, san Apotegma, obispo.

En Autun, el tránsito de san Pragmacio, obispo, que suscribió al concilio de Yena en Bugey.

En Monetier San Chafre en Velay, san Eudon, primer abad de aquel monasterio, llamado entonces Chaumillac.

En San Claudio en el Franco Condado, san Hipólito, obispo de Belley.

En Heraclea, san Orion, martirizado con san Baso y san Dionisio.

En Verceil, san Teonesto, mártir.

En España, los santos mártires Máximo, presbitero, y algunos otros.

En Toscanela, entre Boloña y Florencia, santa Cancia, venerada como virgen y mártir en dicho lugar.

En Roma, el tránsito de san Félix, papa, segundo de este nombre, que murió en paz.

En Persia, el martirio de san Boitazates, eunuco, de santa Susana, y de otras muchas santas religiosas.

En Persia tambien, san Saboro, obispo, san Dapo, presbitero, y san Onan, asceta, apedreados con algunos otros.

En Benevento, san Doro, obispo.

En Hildesheim, san Bernward, obispo.

En la diócesis de Salerno, san Bernier, confesor.

Este mismo dia, el venerable Ambrosio el Camaldulense.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Felicem, O Dios, que, por una vocacion confessorum tuum, ex eremo verdaderamente celestial, reti-

ad munus redimendi captivos, caelitus vocare dignatus es: praesta, quaesumus, ut per gratiam tuam, ex peccatorum captivitate, ejus intercessione liberati, ad caelestem patriam perducamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...
 raste de la oscuridad del desierto para la redencion de los cautivos á su confesor el bienaventurado Félix, suplicámoste nos concedas que, libres, mediante tu gracia y su poderosa intercesion, del cautiverio del pecado, seamos conducidos á la patria celestial. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios, y la misma que el día XIV, pág. 285.

NOTA.

« Predicaba san Pablo la santa estulticia de la cruz con toda la divina sencillez del Evangelio, sin lenitivos políticos, ni recurrir á frases estudiadas en la profana elocuencia; por cuya razon, asi los Gentiles como los Corintios no convertidos le tenian por un pobre simple; y de eso se gloria el mismo Apóstol. »

REFLEXIONES.

El discipulo de Cristo no se conoce menos por las maldiciones y por los ultrajes con que le maltratan los impíos y los disolutos, que por los beneficios y por las bendiciones con que él los corresponde. Pagar bien por mal, es una victoria gloriosa que consigue el hombre de si mismo y de su enemigo; es como un secreto hechizo que le desarma; y si no obstante él resiste, es la venganza mas ilustre que se puede tomar de él. Encuéntranse á la verdad corazones duros, almas viles y terrestres, mas parecidas á leopardos feroces (segun la expresion de san Ignacio, mártir), que á hombres

racionales, las cuales se irritan mas con los beneficios, se hacen mas enemigas, mas furiosas, se dejan arrebatar mas del encono y de la malignidad con la mansedumbre, con el buen trato, con la urbanidad y con una generosa y cristiana correspondencia. Los obsequios y los favores con que se los procura ganar, son, dice el Espiritu Santo, carbones encendidos que les echas sobre la cabeza. Échar carbones encendidos sobre la cabeza de tu enemigo, exponen san Jerónimo y san Agustin, es ablandar á fuerza de beneficios la dureza de su corazon, es causarle un vivo dolor de haber ofendido á quien le colma de bienes, y obligarle á que te quiera mal que le pese. Pero si todavia se resiste á un medio tan dulce como eficaz; si todavia persevera en aborrecerte, no obstante tus beneficios, se hace digno de mayor castigo, y enciende mas la cólera de Dios. Corazones hay de temple tan villano, almas tan empedernidas en su pasion y tan negadas á toda racionalidad, que por ningun medio es posible ganarlas. Grande heroicidad la de aquella virtud verdaderamente cristiana que solo sabe vengarse á fuerza de beneficios. Solo aquel que formó el corazon del hombre puede mudar de esta manera sus efectos y movimientos naturales, enseñándonos á tomar satisfaccion de las injurias con obsequios y con bendiciones. Esto fué, sin duda, lo que mas contribuyó á establecer y á dilatar la fe en el mundo. Era mas fácil resistir á los milagros de los primeros cristianos, que dejar de rendirse á su paciencia. No hay virtud que mas gane el corazon de Dios, ni que dé mayor honor al cristianismo. En las otras es fácil que se mezclen, ó motivos menos puros, ó algunos fines humanos; pero en esta, cuando es constante y universal, apenas es posible otro motivo, que duramente el amor de Dios.

El evangelio es del capítulo 12 de san Lucas, y el mismo que el día XIII, pág. 272.

MEDITACION.

DE LOS PELIGROS DE LA SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en esta vida son tan frecuentes los peligros de la salvacion, como lo son los malos pasos en un camino escarpado y escabroso cuando se viaja por él en una noche tenebrosa, lóbrega y oscura. ¡Cuántos lazos se arman á la virtud y á la inocencia! ¡qué de estorbos que vencer! ¡cuántos artificios que apenas se pueden prevenir, y con suma dificultad evitar! O hayas nacido rico, ó hayas nacido pobre; ó seas un hombre oscuro, ó seas un ilustre personaje; ó estés dotado de grandes talentos, ó seas un hombre inútil; y ya te sobre todo, ó ya no tengas sobre qué caerte muerto, en todo hay peligros, en todo es menester estar siempre sobre las armas como en país enemigo. Es la vida del hombre una continua guerra. Es el mundo un borrascoso mar continuamente agitado por las pasiones, lleno de escollos y de bajíos; esto nadie lo ignora. No siempre son mas peligrosos los mas visibles, ni los que son mas conocidos: tan temible es la calma en este golfo, como lo es la tempestad; ni todos los piratas que navegan por él enarbolan siempre pabellon enemigo. De todo es menester desconfiar: en el mar, como en la tierra, hacen estragos los incendios. Puede el navío perderse, ó por falta de fondo, ó porque se estrelló contra una peña, ó porque encalló en un terrible banco. ¡Cuántas veces ocasionó el naufragio la demasiada carga! A nada que se pierda de vista el cielo, ya se perdió el rumbo. ¡Cuántos se fueron á pique. á

vista del mismo puerto! La buena fortuna embriaga, la adversa desalienta y abate al ánimo. La prosperidad engrie al hombre con el orgullo, afermínale con el regalo, y le inutiliza con la pereza. Es necesario un milagro para evitar un veneno tan universalmente extendido y tan delicadamente preparado. Todo es peligro, toda tentacion en una fortuna elevada. La clase, el empleo, el ministerio superior y distinguido, á ninguno le levantan á la cumbre sin exponerle á furiosas ventoleras. Mucha virtud es menester para no dejarse abatir en la adversidad; pero mucho mayor se necesita para saberse contener en la abundancia: la vida deliciosa es toda precipicios; hasta de las mismas guias se debe vivir con rezelo, porque en ella todo adula, todo daña. Es menos expuesto el estado religioso, pero no es menos digna de temer la seguridad. Si las pasiones estuvieran desterradas de él, habria menos peligro; pero llévanse aquellas hasta el mismo santuario, porque cada cual se lleva á sí mismo, y cada uno es el mayor enemigo que tiene de sí propio, el mayor contrario de su salvacion que debe temer. Todas estas son unas grandes verdades: pues ¿en qué se funda la fatal seguridad con que viven muchos, así en el estado religioso como en el secular? ¡Y despues nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no se habla ahora de aquellos peligros claros, públicos y notorios que siempre se presentan á cara descubierta, ni mas ni menos como son, y nunca acometen por sorpresa, como bailes, espectáculos, tablajerías, conversaciones libres, diversiones emponzoñadas, comunicaciones sospechosas, parcialidades y maquinaciones. Basta una tintura de

religion para conocer su veneno y su malignidad. Háblase de aquellos peligros mudos, disimulados y secretos que apenas alteran á nadie, y de los cuales casi ninguno desconfía, siendo, no obstante, escollos encubiertos en que hace la inocencia tristísimos naufragios. La gracia, el donaire, el chiste y todas aquellas prendas que hacen grata y amable á una persona, no son el asilo mas seguro de la virtud. Acomódase mucho con ellas la pasión mas peligrosa de todas para que no se nos hagan muy sospechosas; pero, sin embargo, ¿quién es el que desconfía mucho de aquellas prendas? y aquellas inclinaciones demasiado naturales entre la gente moza, ¿estarán siempre exentas de todo peligro? Esa habitual tibieza en el servicio de Dios, que degenera muy presto en frialdad y en indiferencia; esa indevocción, ese tedio á las cosas espirituales, esas frecuentes irreverencias, esa negligencia en la mayor parte de sus obligaciones, esa costumbre de murmurar y de censurar, ¿te parece que en nada de esto hay peligro que aventure la salvación? Sin embargo, todo esto es bien ordinario en muchas personas; no hay cosa mas comun que estos defectos en todos los estados; y ¿quién teme las consecuencias que no pueden menos de ser funestas? Pero ¡cuántos peligros hay tambien en esos perniciosos libros! ¡cuánto veneno no se contiene en ellos tanto mas peligroso, cuanto mas escondido y mas sazoadamente preparado! ¿Y qué será de esas indecentísimas pinturas que introducen la muerte por los ojos hasta el corazón, siendo sus golpes mas mortales, por lo mismo que apenas se perciben las heridas? En medio de eso, todo esto se tiene por cosa indiferente, aunque tarde ó temprano todo dé la muerte al alma; y no solo no se desconfía de estos peligros, pero ni aun apenas se advierten.

¡Buen Dios, cuántos y cuántas se condenan sin te-

mor! ¡Ah, y con cuánta razón nos exhorta nuestro Apóstol á que trabajemos con temor y con temblor en el negocio de nuestra salvación! ¡ah, y con cuánta razón se retiró san Félix á un desierto, como lo hicieron tambien tantos otros santos! Haced, Señor, que su ejemplo me abra los ojos para conocer los peligros que me cercan, y dadme vuestra gracia para evitarlos.

JACULATORIAS.

Libera me de laqueo venantium. Salm. 90.

Librame, Señor, de tantos lazos como por todas partes me arman los enemigos de mi salvación.

Custodi me à laqueo, quem statuerunt mihi. Salm. 140.
Defiéndeme, Señor, de las redes en que me quieren coger.

PROPOSITOS.

1. Asombro es que, conviniendo todos en los peligros de nuestra salvación, que por todas partes nos cercan, se viva, sin embargo, con tanta seguridad, y sin el menor temor en medio de esos peligros. ¿Es acaso la salvación cosa tan poca que no merezcan nuestro aprecio los riesgos de perderla? ¿O se duda, por ventura, si hay verdaderamente peligros de la salvación, y se trata el temor de ellos de pánico terror? No es esto ciertamente, sino el errado concepto que forma cada uno de que los que son peligros para otros no lo son para él. Figúrasele tambien que lo que aun para él es de suyo peligroso, deja de serlo por su firmeza, por su fidelidad y por su particular valor. Tiene cada cual tan buena opinión de sí mismo, que se imagina superior á todos los peligros. ¡Qué error, mi Dios! ¡qué desvarío! ¡qué presunción! ¡qué locura! No des en semejantes ilusiones. Por mas sería

que sea tu voluntad, y por mas firme que te parezca tu resolucion de resistir á las tentaciones, desconfía de tí mismo, huye con el mayor cuidado de los peligros, haz continuamente centinela contra tu propio corazon, mira que casi siempre se burla de los que se fian de él. Evita esas concurrencias brillantes, huye de esos objetos peligrosos, desviate de esas conversaciones, ahoga, sofoca esas inclinaciones demasiadamente naturales; aunque todo esto te parezca muy inocente, ten por cierto que oculta mucho veneno.

2. *Quien ama el peligro perecerá en él.* Este oráculo es de la misma verdad. Si quieres evitar los mas imprevistos y los mas terribles, teme los mas lijeros. Sobre todo has de tener una gran delicadeza de conciencia en todas materias: nada te has de perdonar. El negocio de la salvacion es delicado, es difícil, es muy espinoso. Nunca sobran precauciones, ningunos medios están de mas para salir con él. Por los peligros de la salvacion buscaron los santos abrigo á la inocencia en la soledad de los desiertos ó en el retiro de los claustros; y aquellos á quienes destinó Dios para que viviesen en el mundo acudieron á la oracion y á la continua vigilancia para no ser sorprendidos por el tentador. Está continuamente muy sobre tí, y haz particular reflexion á las palabras del *Padre nuestro: No nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal.* No te expongas tú mismo á ella por lijereza, ni por presuncion. La fuga de las ocasiones y la oracion son los dos grandes y poderosos medios para burlarse de todos los artificios del tentador.

DIA VEINTE Y UNO.

LA PRESENTACION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Celebra la santa Iglesia en este dia la fiesta de la presentacion de Nuestra Señora en el templo, es decir, aquella pública y solemne ofrenda que hizo á Dios la santísima Virgen de su corazon, de su cuerpo, de su espíritu y de todas las potencias de su alma, y todo en el modo mas perfecto y mas glorioso al mismo tiempo que nunca se vió. Este fué el mayor sacrificio de una pura criatura que se hizo al Señor desde el principio del mundo; pues ninguna hubo mas cumplida, mas perfecta, ni mas santa. Santificada en el primer instante de su vida, ella sola fué mas santa el dia de su nacimiento (dicen los padres), que todos los santos juntos en el último de su vida. A la edad de tres años, María por sí misma se ofrece, se dedica, se consagra á su Criador en el templo de Jerusalem. ¿Qué ofrenda hubo jamás de igual valor? ¿se vió nunca en el templo del Señor alguna víctima que le fuese mas agradable? ¿Cuántos espíritus celestiales asistirían á aquel acto de religion tan glorioso para Dios, á aquella augusta ceremonia que fué la admiracion de toda la Jerusalem celestial! Regocijóse todo el cielo en aquel festivo dia, y no podia dispensarse la Iglesia de festejar tambien su solemnidad. En atencion á esto, muchos santos padres, como san Evodio de Antioquia, san Epifanio de Salamina, san Gregorio Niseno, san Gregorio el teólogo, san Andrés Cretense, san German de Constantinopla, y tantos otros padres latinos consideraron la presentacion de la Virgen en el